

# Tinta en el más allá

TEXTO: JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ

**H**ojeo *El Libro de los Muertos*, texto rescatado en forma milagrosa de las candentes arenas del Antiguo Egipto, vivo como la sonrisa de un faraón recostado en la frescura de su tumba.

Originalmente escrito en papiro, además de su manifiesta condición literaria e histórica, debo comentar que este libro era un práctico manual para sobrevivir a los retos de El Otro Mundo. No sólo bastaba con morirse y tener una tumba respetable en la cultura ribereña al Nilo: era necesario enfrentar varias sorpresas durante los primeros momentos de la muerte y vencer obstáculos, todo para alcanzar el extraño concepto de salvación de este geométrico pueblo.

Así como los aztecas atravesaban el Mictlán, luchando contra bestias infernales e incluso caminando entre dos montañas que entrechocaban continuamente, los egipcios pasaban en la otra vida suplicios tan abstractos que uno se pregunta si acaso no sería esa manera de morir la verdadera forma de la existencia... A ojos modernos, el camino de la muerte era muy parecido a un videojuego o el delirio de *Avatar*. Mundos disímbolos; enemigos sobrenaturales; trampas y claves secretas a cada resquicio del camino.

Vale la pena añadir que no muchos egipcios podían adquirir *El Libro de los Muertos*. Era una inversión cara y personal. Si uno quería llevarse a su mujer a la nueva vida era necesario comprarle un rollo y ponérselo dentro de su sarcófago. También, alguien debía comenzar a leerlo en voz alta al agonizante durante su momento cumbre.

Los nombres de los capítulos son reveladores y contienen las claves del universo ultraterreno. He aquí algunos títulos al azar:

Para revivir tras la muerte y salir a la luz del día. Para devolver al difunto su memoria. Para poner un talismán en cornalina. Para hacer franquear la gran puerta al espíritu santificado. Para cambiar de forma a voluntad. Para recitar cuando el ojo divino está en su punto culminante. Para rechazar a los espíritus con cabeza de cocodrilo. Para penetrar ante Osiris y sus jerarquías. Para no morir por segunda vez.

Me llama la atención un breve capítulo que involucra un gesto cotidiano. Entre los diversos conjuros para convertirse en golondrina, garza real, tener una almohada cómoda o beber agua de manantiales y treparse a la barca celeste, hay una oración que nos permite conseguir tinta en el laberíntico reino de la muerte.

Ahí, el alma santificada invoca al gran espíritu para entregarle su tinta y su paleta al escriba divino Thoth y vencer así dos obstáculos. Por cierto, la tinta sagrada está hecha con la podredumbre de Osiris, el polvo del dios esparcido por todos los confines del orbe.

Hemos olvidado que los egipcios, a pesar de la carencia de tecnología, tenían una gran cultura de la imagen, al estilo de nosotros. Contaban con estatuas y murales inmensos, por lo que la tinta y sus detentadores se consideraban entes peculiares. Tanto fue este bombardeo visual que a los judíos les costó mucho trabajo aceptar luego la idea de un dios invisible y, aparte, único.

Incluso los escribas fueron una clase social muy cercana al poder político que sobrevivió a los faraones. Cuando Jesucristo habló contra ellos aludía a la burocracia romana, no a las personas capaces escribir. Alguna vez Él mismo escribió unas palabras en la arena; pero ninguno de los evangelios ha revelado el secreto de esas líneas.

Sea lo que fuera, la escritura representaba un punto de unión entre la vida y la muerte.

Aldous Huxley pidió que, en sus últimos momentos, su mujer le leyera en voz alta varios de los pasajes de *El Libro de los Muertos*. Estoy seguro que para él, sólo con la tinta, el reino de la muerte sería *Un mundo feliz*. O quizás un valiente nuevo mundo.

Con tinta allá, a los egipcios la muerte no les asustaba tanto. •

## JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ

Mazatlán, 1970. Escritor. Ha publicado, entre otras novelas *El gran invento del siglo xx* (Joaquín Mortiz), *Mi nombre es Casablanca* (Mondadori) y *La casa de las lobas* (Plaza y Janés).